

La guerra del Líbano y la situación en Oriente Próximo

Alberto Moreno
Diplomático, España

Las consecuencias de la guerra que el pasado verano asoló el Líbano y el norte de Israel han acabado afectando no sólo a los contendientes sino también a los países vecinos y, en general, a toda la región de Oriente Próximo. El conflicto ha fortalecido las posiciones más radicales en detrimento de los sectores más moderados, tanto en el campo árabe como en Israel. Pero el enfrentamiento bélico también ha servido para que, en el seno de la comunidad internacional, se consolide la convicción de que sólo la negociación puede traer una solución a los conflictos de la región. Dando buena muestra de su compromiso con la estabilidad del Líbano, el norte de Israel y la región en general, Europa y sus Estados Miembros han adquirido un creciente protagonismo en la reactivación del Proceso de Paz de Oriente Próximo.

El conflicto armado

El 12 de julio de 2006, dos vehículos blindados del ejército israelí fueron atacados por milicianos de Hezbolá con el resultado de tres soldados muertos, tres heridos y dos secuestrados: Ehud Goldwasser y Elidad Regev. Horas más tarde, una incursión israelí realizada con la intención de rescatar a los dos soldados secuestrados topó con una fuerte resistencia de los milicianos de Hezbolá, y se saldó con cinco bajas y la destrucción de un carro de combate Merkava. En estas circunstancias, el Gobierno del Primer Ministro Ehud Olmert tomó la decisión de atacar el Líbano e iniciar una guerra que iba a durar treinta y tres días. Es importante detenerse siquiera brevemente en esta

decisión del Gobierno de Israel, porque va a definir y marcar el futuro del conflicto. Tradicionalmente la frontera sur del Líbano, una de las más vigiladas por Israel, se caracterizaba por vivir en una situación de calma tensa con esporádicos incidentes violentos que se circunscribían a la zona fronteriza de ambos países. La dinámica acción-reacción se había mantenido en unos parámetros que limitaban el alcance de los ataques y las represalias. En la lógica israelí, Hezbolá era y sigue siendo una organización terrorista que, hasta el pasado mes de agosto, tenía secuestrada la autoridad del Estado libanés en la zona meridional del país y había utilizado los territorios que se encuentran al sur del río Litani para atentar contra el territorio y la población de Israel. Hasta el verano pasado, la respuesta israelí a los ataques de Hezbolá se definía de acuerdo con este presupuesto, tratando a esta organización de un modo distinto y separado del Estado e instituciones del Líbano.

Sin embargo, la noche del 12 de julio este enfoque cambió radicalmente e Israel pasó a considerar que había sido objeto de un ataque lanzado por parte del Estado libanés y no por parte de una organización terrorista.

Este cambio de planteamiento iba a definir el alcance y la duración de la guerra. Así, los primeros ataques de las fuerzas aéreas israelíes no se dirigieron contra las posiciones ocupadas por Hezbolá sino contra el aeropuerto de Beirut y las principales infraestructuras viarias del Líbano.

No están claras las razones que llevaron al Gobierno israelí a optar por una guerra abierta y no, como en el pasado, por represalias limitadas geográficamente al sur del país y concentradas en objetivos vinculados a Hezbolá. Posiblemente detrás de dicha decisión se encontrara el convencimiento de que si se infligía el suficiente daño al Líbano, serían los propios libaneses los que se enfrentarían a Hezbolá y aca-

barían con la amenaza latente que representaba su presencia al sur del río Litani. Los acontecimientos demostraron que, desde el primer momento, esta estrategia estuvo condenada al fracaso, al igual como la que inspiró la acción política y militar emprendida, casi en paralelo, por las autoridades de Israel en la Franja de Gaza. Los libaneses no reaccionaron a los bombardeos tal como las autoridades israelíes habían previsto. Antes al contrario, la acción militar de Israel logró aglutinar a la población civil libanesa y, en general, a la opinión pública árabe en contra de la política israelí y en apoyo de la defensa que Hezbolá encabezó de las tierras libanesas. Pero además, otro elemento que, sin duda, fue determinante para la adopción de la decisión israelí fue el convencimiento de que había llegado la hora de derrotar militarmente a Hezbolá y, al mismo tiempo, enviar un claro mensaje a Irán, privándole de una de sus principales bazas políticas y militares en la región.

Sea como fuere, desde el primer momento, el Gobierno israelí definió públicamente sus objetivos militares: la liberación de los dos soldados secuestrados; la derrota y, en la medida de lo posible, destrucción del movimiento Hezbolá y sus cuadros de mando; y, por último, la desaparición de la amenaza a la seguridad de Israel procedente de suelo libanés. Sin embargo, treinta y tres días después de iniciarse el enfrentamiento militar, ninguno de estos objetivos había sido alcanzado con el empleo de la fuerza armada. Por el contrario, es la diplomacia como medio de arreglo pacífico de las controversias la que brinda una salida al conflicto. En efecto, la resolución 1701 (2006) del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas propició el fin de las hostilidades, el refuerzo de la FINUL y la extensión del control del Gobierno y las fuerzas armadas libanesas a la zona sur del río Litani. Con ello, esta resolución satisfacía, siquiera indirectamente, el tercer y último objetivo perseguido por las autoridades de Israel, a saber, la desaparición de la amenaza a la seguridad en el norte de Israel.

El fin del conflicto

Tres semanas después de iniciarse los combates, todo parecía indicar que Israel no iba a alcanzar ninguno de los objetivos que se había marcado, y que la victoria militar sólo se conseguiría a un alto precio que nadie

estaba dispuesto a pagar. En ese momento, convencidas de que la prolongación de la contienda dejaba de ser útil, las autoridades estadounidenses decidieron aceptar una solución diplomática que venía preparándose, con grandes dificultades, en el seno del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. En efecto, el 11 de agosto de 2006 el Consejo de Seguridad aprobó por unanimidad la resolución 1701 (2006) y el 14 de agosto entró en vigor el cese de las hostilidades.

La resolución 1701 (2006) propició el cese de todas las acciones armadas, el despliegue de las fuerzas

Convencidas de que la prolongación de la contienda dejaba de ser útil, las autoridades estadounidenses decidieron aceptar una solución diplomática que venía preparándose, con grandes dificultades, en el seno del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas

armadas libanesas en el sur del país y la extensión de la autoridad del Gobierno de Beirut a todo el territorio libanés. Además, esta resolución exhortó al Gobierno libanés a «que asegure sus fronteras y otros puntos de ingreso para impedir la entrada en el Líbano de armas o material conexo sin su consentimiento». Al mismo tiempo, el Consejo de Seguridad instó a Israel y al Líbano a buscar una solución del conflicto bilateral sobre la base de los siguientes elementos: el respeto de la Línea Azul; los arreglos de seguridad entre ambos países; la aplicación de los acuerdos de Taif y las resoluciones 1559 (2004) y 1680 (2006) del Consejo de Seguridad; y el necesario consentimiento del Gobierno para la presencia de fuerzas extranjeras o el suministro de armas al Líbano. Por último, mediante la resolución 1701 (2006), el Consejo de Seguridad autorizó el aumento de efectivos de la FINUL (Fuerza internacional de Naciones Unidas en el Líbano)¹ a un máximo de 15.000 soldados.

Desde la óptica israelí, la resolución 1701 (2006) comporta el desarme de Hezbolá y la imposición de

¹ La denominación española de la Fuerza desplegada en el Sur del Líbano es la de Fuerza de Protección de las Naciones Unidas en el Líbano (FPNUL). Sin embargo, aquí se ha preferido emplear las siglas FINUL, comúnmente empleadas para referirse a esa Fuerza.

un embargo de armas. Al mismo tiempo, la presencia del ejército libanés en el sur del río Litani debe redundar en el fin del control que Hezbolá venía ejerciendo sobre el sur del Líbano. Con ello, desaparece –o al menos disminuye– de manera significativa el riesgo de acciones violentas dirigidas hacia el norte de Israel. Con la resolución en la mano, el Gobierno de Israel puede aducir que al menos ha logrado una parte de los objetivos declarados al inicio de las hostilidades.

Para el Gobierno libanés, la resolución adoptada el pasado 11 de agosto significó, en primer lugar y por encima de cualquier otra consideración, la cesación de las hostilidades y sus graves consecuencias en términos humanos y materiales. Pero además, la adopción y posterior aplicación de la resolución supuso la extensión de la autoridad del Gobierno e instituciones del Líbano a la totalidad del territorio libanés y su presencia efectiva al sur del río Litani. Así las cosas, la terminación de la guerra redundó en un reforzamiento formal del Estado libanés frente al poder e influencia ejercidos hasta entonces por Hezbolá y sus distintas ramificaciones.

Ello no obstante, para Hezbolá y sus dirigentes, la adopción de la resolución 1701 (2006) supuso una buena salida a un conflicto que de ninguna manera podían ganar mediante el uso de la fuerza, pero del que salían victoriosos sencillamente porque sus milicias no habían sido derrotadas. Si bien la resolu-

La terminación de la guerra redundó en un reforzamiento formal del Estado libanés frente al poder e influencia ejercidos hasta entonces por Hezbolá y sus distintas ramificaciones

ción dispone una cesión, siquiera sobre el papel, del control efectivo que Hezbolá ejercía en numerosas zonas del Líbano, ofrece también la posibilidad de que la popularidad e influencia del Partido de Dios se canalice mediante el cauce político oportuno, de tal modo que los dirigentes de Hezbolá se incorporen plenamente a la vida política del país y abandonen de forma definitiva la fuerza armada.

¿Era necesario un mes de guerra para llegar a ese compromiso? Sin duda alguna, la respuesta es negativa. Ya en la primera semana, se veía que la solución militar no era posible y que sería necesario llegar a una salida diplomática. Desde el primer

momento y en consonancia con varios socios europeos, el Gobierno español sostuvo que la solución a los problemas de la región no se hallaría unilateralmente, mediante el recurso a la fuerza armada. Incluso la ministra de Asuntos Exteriores israelí, Tzipi Livni, a pesar de la resistencia del Primer Ministro Olmert y algunos de los miembros de su gabinete, hizo esfuerzos, desde el primer momento, por encontrar una solución diplomática a un conflicto que se estaba saldando con un gran número de víctimas y una enorme destrucción a ambos lados de la frontera. Pero el deseo de algunos dirigentes israelíes de acabar con Hezbolá e indirectamente asestar un duro golpe a Irán prevaleció sobre las llamadas a la sensatez y la cordura.

Las consecuencias del conflicto

Israel

Para Israel la guerra constituye todo un fiasco político y militar. No se han cumplido sus objetivos y el precio que se ha pagado por esta aventura militar es excesivamente elevado. No es de extrañar que la población israelí tenga, de forma mayoritaria, un sentimiento de frustración acompañado por la sensación de que, en el fondo, han perdido la guerra. El alto el fuego no dejó a un Israel más fuerte y más seguro, sino a un país temeroso y dividido internamente sobre la política que debe seguirse para garantizar la supervivencia del Estado.

Tanto el Gobierno como el ejército salieron debilitados de la contienda, y muy criticados por la forma en que se tomaron las decisiones políticas y militares relativas a la conducción de las hostilidades. Por primera vez en su historia, las fuerzas armadas israelíes sufrieron una pérdida de prestigio y credibilidad, cuestionándose su potencial y capacidad para asegurar la supervivencia del Estado de Israel. Por su parte, el Gobierno israelí y el partido del Primer Ministro, Kadima, perdieron su principal proyecto político, esto es, el plan de desconexión unilateral de Cisjordania. Los acontecimientos del pasado verano pusieron de manifiesto que la política de abandono unilateral de territorios ocupados no garantiza ni la seguridad ni la paz. Sin programa político y con índices de popularidad muy bajos, la coalición de Gobierno se debate, desde entonces, entre la tentación de continuar con la ocupación y la colonización del territorio o la opción negociadora.

Líbano

Para el Líbano el balance de la guerra es trágico. Los daños causados durante los treinta y tres días de combates fueron enormes y los trabajos de reconstrucción durarán bastantes años. En un mes, el país perdió buena parte de lo que se había conseguido desde la terminación de la guerra civil.

Inicialmente, Hezbolá salió reforzado de la contienda. Su prestigio en el mundo árabe creció espectacularmente. Para el hombre de la calle, Hezbolá ha devuelto al pueblo árabe el orgullo y el honor, al hacer frente con relativo éxito a la poderosa maquinaria militar israelí. Sin embargo, a medida que pasaban las semanas, la división en el Líbano se hizo más evidente entre las fuerzas que componen el movimiento del 14 de marzo (Hariri, Joubblatt, Siniora, y los grupos cristianos de Gaega y Gemayel) y la oposición, formada fundamentalmente por Hezbolá, Amal y el grupo del general Aoun. Desde el fin de la guerra, Hezbolá ha intentado sacar partido de su prestigio reclamando mayores cuotas de poder para la comunidad chiíta libanesa y aspirando a poder constituir una minoría de bloqueo en el seno del Gobierno libanés. Sin embargo, la mayoría gubernamental y el Primer Ministro Siniora a la cabeza no parecen dispuestos a alterar las reglas de reparto de poder acordadas tras la independencia y modificadas ligeramente mediante los acuerdos de Taef de 1989.

Así las cosas, el Líbano se enfrenta a una profunda crisis institucional que divide al país en dos mitades y cuya solución es harto complicada. Sólo el acuerdo y el diálogo nacional pueden dar una salida pacífica a la situación actual. Junto a la enorme complejidad interna de la sociedad y la política libanesa, existe otro factor que no puede ignorarse: la dimensión exterior de la crisis que atraviesa el Líbano. Mientras que la oposición recibe el apoyo de Irán y Siria, el Gobierno del Primer Ministro Siniora cuenta con el respaldo de los países occidentales (especialmente los Estados Unidos y Francia), y de algunos países árabes moderados como Egipto o Arabia Saudí. Esta vertiente exterior dificulta enormemente la resolución de la crisis al imponer condiciones que no responden únicamente al debate interno entre Gobierno y oposición, sino al conflicto que enfrenta esos países entre sí. Por ello, algunos de los puntos de fricción más relevantes, como la constitución del tribunal internacional que debería juzgar a los responsables del asesinato del antiguo Primer

Ministro Rafiq Al Hariri así como de otros crímenes de naturaleza política, tienen una lectura más en clave externa que interna.

Los países árabes

Al estallar la guerra, los gobiernos árabes moderados se enfrentaron a un dilema. Por un lado, la solidaridad árabe les llevó a condenar la agresión israelí y a mostrar su solidaridad con el Líbano. Pero por otro, estos gobiernos no vieron con malos ojos que Israel diese una lección militar a Hezbolá y, por añadidura, a Irán. La agresividad de dicho grupo y su islamismo militante nunca han sido bien vistos por gobiernos como el egipcio o el jordano, que temen las consecuencias de la influencia de un Hezbolá triunfante sobre sus propios partidos de corte islamista. Por el contrario, la derrota del Partido de Dios podría haber tenido una influencia positiva en el conflicto que les enfrenta a los Hermanos Musulmanes. De la misma manera, la derrota hubiera privado a Irán de una de sus principales bazas de poder e influencia en la región, coartando con ello su papel de «potencia regional» en Oriente Próximo.

Este dilema, que presidió los primeros días de la guerra, explica que los Estados árabes moderados tuviesen una reacción moderada frente a «la agresión de Israel». Sin embargo, la resistencia de Hezbolá y la creciente cifra de víctimas civiles y daños materiales cau-

Todos los conflictos de Oriente Próximo están interconectados. No es posible solucionar uno de ellos de forma aislada, sin tener en cuenta los demás. La única solución posible debe ser, por tanto, una solución global

sados en el Líbano, aumentaron las dificultades para mantener dicha posición. En algunas capitales árabes comenzó a percibirse un distanciamiento cada vez mayor entre la «calle árabe» y sus gobernantes. Con el paso del tiempo, la pretendida derrota de Hezbolá se fue convirtiendo en una victoria. La denominada matanza de Qana marcó el límite. A partir de ese momento, los gobiernos árabes hicieron frente común con el Líbano y criticaron sin ambages la agresión de Israel.

Las lecciones que cabe extraer del conflicto

El fin de la guerra entre Israel y el Líbano permite extraer una serie de enseñanzas o conclusiones que, aunque no sean novedosas, conviene subrayar.

No existe solución militar a los conflictos de Oriente Próximo. La apuesta militar israelí se ha saldado con un fracaso, como lo fue la anterior invasión del Líbano o como lo será cualquier apuesta militar en el futuro. La solución de los conflictos que asolan la región sólo podrá alcanzarse a través de las negociaciones. Todos aquellos que apuestan por la violencia como medio de solución de las controversias sólo engendran más violencia y más radicalización entre las partes. Todos los conflictos de Oriente Próximo están interconectados. No es posible solucionar uno de ellos de forma aislada, sin tener en cuenta los demás. La única solución posible debe ser, por tanto, una solución global.

Esta interconexión no debe redundar en una igualdad absoluta de los conflictos o en una equiparación total de sus soluciones. Hay uno de ellos que se halla en el centro de todas las crisis: el conflicto israelí-palestino que resulta de la ocupación de los territorios palestinos por parte de Israel. No nos engañemos, ésta es realmente la gran herida abierta en el seno del mundo árabe y como tal es percibida por su población. Sin avances en el proceso de paz, no hay solución posible para el resto de conflictos. La cuestión palestina constituye el centro de todo y a ella debemos dedicar los primeros esfuerzos. Su solución, sin embargo, no será posible si no conseguimos avanzar, también, en la resolución del resto de conflictos y, muy especialmente, en las denominadas «banda siria» y «banda libanesa».

Uno de los problemas con el que nos encontramos en estos momentos es que la crisis y la debilidad interna que atraviesan los principales actores de la zona hacen poco probable que el impulso de paz pueda partir de la región. Es necesario, por tanto, un impulso exterior para movilizar las energías y las fuerzas favorables a la paz existentes en Oriente Próximo. En los últimos años, los Estados Unidos no han dado grandes muestras de querer impulsar el Proceso de

Paz. Esta actitud tal vez pueda explicarse por la multiplicidad de frentes abiertos en la región, por su concepción del conflicto árabe-israelí o por el peso que otorgan a la «banda palestina». Ello no obstante, justo es reconocer que en los últimos meses, la Secretaria de Estado Condoleezza Rice ha propiciado el mantenimiento de una serie de contactos bilaterales entre el Primer Ministro israelí y la presidencia palestina.

La constitución de un Gobierno de unidad palestino puede ser la ocasión de reforzar la posición europea, consolidar una posición común y trabajar en favor de la paz

Frente a los Estados Unidos, actor relevante en la región, Europa está llamada a jugar un papel decisivo en el Proceso de Paz. Por primera vez en muchos años, tras la ampliación de la FINUL, la presencia europea no se reduce a la ayuda financiera o la cooperación. Por primera vez Europa está presente de forma activa sobre el terreno y asume una responsabilidad política de primer orden. La presencia de varios miles de soldados franceses, italianos, españoles, alemanes y de otros estados europeos obliga a que la Unión Europea asuma, de una vez por todas, que es una parte activa y relevante en la región. Su gran reto es forjar un frente unido, y una política común y autónoma inspirada por el multilateralismo. Sin ello, su potencial de actuación como actor internacional de primer orden se pondría en entredicho. Desde esta óptica, la UE puede jugar un papel fundamental de cara a lograr que el Cuarteto ejerza plenamente sus responsabilidades y se abra a los principales actores de la región. La constitución de un Gobierno de unidad palestino puede ser la ocasión de reforzar la posición europea, consolidar una posición común y trabajar en favor de la paz. Si no se hace así, lo más probable es que la violencia y el flagelo de la guerra vuelvan a azotar a Oriente Próximo.